

FALKNER, R. y BUZAN, B. (Eds.), *Great Powers, Climate Change, and Global Environmental Responsibilities*, Oxford University Press, Oxford, 2022, 298 pp.

El cambio climático se ha convertido en uno de los retos más complejos y poliédricos de las últimas décadas. Más allá de cuáles son sus causas, que ha tratado en profundidad el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) en sus sucesivos informes, desde las Relaciones Internacionales cabe preguntarse por quiénes tienen la mayor responsabilidad en hacerle frente a este desafío. ¿Qué responsabilidades vienen con el estatus de potencia medioambiental global? ¿Están las grandes potencias a la altura en la gobernanza climática? Robert Falkner y Barry Buzan son los editores de este libro de trece capítulos que pivotan alrededor del papel que desempeñan las grandes potencias en esta área; en esta obra queda probado que se puede ser una gran potencia en el área económica y la defensa y un boicoteador en el área medioambiental. La conclusión a la que llegan los editores es que —no nos sorprendamos—, las grandes potencias están siendo unas grandes irresponsables en la gobernanza medioambiental (p. 287). Sin duda, este trabajo impulsa el debate sobre el papel de las grandes potencias en la gobernanza climática, contribuyendo a enriquecer la disciplina y poniendo en el centro de las Relaciones Internacionales los desafíos medioambientales.

Buzan y Falkner enmarcan el debate en la Escuela Inglesa: Las grandes potencias no solo tienen más poder que otros, sino que también aceptan responsabilidades especiales para procurar los bienes globales a nivel internacional. Cada capítulo intenta dar respuesta a si esas grandes potencias medioambientales (sean potencias positivas o negativas, p. 24) asumen mayores responsabilidades, tal y como ocurre en el ámbito de la seguridad tradicional. Si las grandes potencias tienen mayores derechos y privilegios, ¿también deberían tener mayores responsabilidades en la búsqueda de objetivos comunes? A lo largo de todo el libro se encontrará una primera parte en la que se analiza cómo Estados Unidos, China, Brasil, Rusia, la India y la Unión Europea (UE) han transitado de unos roles a otros y se reflexiona sobre el papel que debería tener cada uno de estos actores; mientras que una segunda parte aborda el cambio climático desde el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas o la relevancia de los acuerdos multilaterales en el área medioambiental.

No es mi ánimo diseccionar cada uno de los capítulos de este libro porque quizás se perdería el interés en leerlo y creo que esta debería ser una obra básica en las estanterías de todos a los que nos preocupa el medioambiente y queremos profundizar en el papel de los distintos actores internacionales. Pero sí me gustaría dejar aquí algunas de las ideas y reflexiones más enriquecedoras que he encontrado a lo largo de mi lectura. El capítulo de Robyn Eckersley, por un lado, y el de Katja Biedenkopf, Claire Dupont y Diarmuid Torney por otro, dan cuenta del diferente papel que han tenido Estados Unidos y la Unión Europea en la gobernanza medioambiental. Al primero debemos agradecerle que liderara la creación de normas medioambientales en la década de los setenta y ochenta, como con la CITES o el régimen del ozono, pasando los siguientes años por un perfil bajo en las negociaciones multilaterales. El liderazgo de la Unión Europea, en cambio, ha sido más constante y reconocible en al menos tres niveles: en su capacidad para adoptar normativas

internas que contribuyen a consolidar su objetivo de liderar con el ejemplo, su capacidad diplomática en las negociaciones multilaterales y el uso que hace de la diplomacia climática en sus relaciones bilaterales con otros Estados.

Quizás una de las contribuciones más interesantes del libro son los capítulos dedicados a China, Brasil o India, cuyo liderazgo en materia medioambiental ha sido menos analizado dentro de la disciplina. Yeophantong y Goh examinan a una China que avanza en medio de la dualidad de ser un gran poder y un Estado todavía en desarrollo. Mientras los autores muestran evidencias de la voluntad de reducir sus gases de efecto invernadero internamente y transferir tecnología limpia, también muestran que China está contribuyendo al daño medioambiental en terceros países con la construcción de infraestructuras. Podríamos preguntarnos si quizás China no está más que repitiendo los patrones de las grandes potencias occidentales, pero siendo más audaz favoreciendo esa transferencia tecnológica que mejorará su posicionamiento internacional y su capacidad de influencia en la transición ecológica.

El peso de los gobiernos en las políticas medioambientales de los países se ve muy bien en el capítulo dedicado a Brasil, en el que se evidencian que los avances que se dieron en la lucha contra la deforestación con el gobierno de Lula da Silva han sido rápidamente desmontados por los gobiernos de Temer y Bolsonaro. Por su lado, Rusia ha formado parte de todos los acuerdos medioambientales internacionales hasta ahora; sin embargo, su trayectoria tanto a nivel interno como internacional es de cierta indiferencia y apatía a la gobernanza medioambiental, y los avances que ha realizado pueden entenderse más como respuesta a sus intereses nacionales que a una defensa de valores globales o a una voluntad de querer ejercer liderazgo medioambiental (p. 181). En este grupo también puede situarse la India, quien a pesar de ser una de las grandes emisoras de CO₂ en términos globales, opta por poner toda la responsabilidad en los Estados desarrollados aludiendo a su responsabilidad histórica.

En la segunda parte del libro, Shirley V. Scott observa que, si bien el cambio climático se ha insertado en la agenda del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y el G8 identificó en 2006 los vínculos entre energía, cambio climático, seguridad y desarrollo sostenible (p. 194), el proceso de securitización continúa siendo incompleto y los cinco países con veto en el Consejo de Seguridad siguen debatiendo sobre si el cambio climático hay que abordarlo desde la óptica de la seguridad o la del desarrollo.

El capítulo de Sanna Kopra pone el foco en el vínculo entre el estatus de gran potencia y el liderazgo y vuelve a incidir en el debate que proponen Falkner y Buzan en su primer capítulo: ¿Van de la mano el poder y la responsabilidad? No hace falta adentrarse mucho en el capítulo para identificar que la visión de la Escuela Inglesa de las Relaciones Internacionales, en la que las grandes potencias deberían asumir un liderazgo en la consecución del bien común porque eso es lo que se espera de ellas (p. 218), no es lo que encontramos precisamente en la gobernanza medioambiental actual, si bien hay acciones puntuales de potencias como China, India, la UE o Estados Unidos que podrían analizarse desde esa óptica. En su capítulo, Susan Park incide en la misma idea desde el análisis de los tratados multilaterales medioambientales: no parece haber evidencias de que las

grandes potencias, por el hecho de serlo, hayan entendido que tienen responsabilidades especiales con respecto al medioambiente, a pesar de que todas ellas han formado parte activa en la creación de numerosas instituciones e instrumentos jurídicos que miran más por sus ganancias que por las de la comunidad global.

Como ya he indicado, el libro viene a enriquecer el debate sobre el papel de las grandes potencias en la gobernanza global y será de interés para los académicos interesados en la política global medioambiental. Como es lógico, el libro deja muchas vías abiertas para futuras publicaciones, como el papel de los países africanos o los pequeños Estados insulares quienes, no teniendo poder en otras áreas de las relaciones internacionales, han demostrado ser buenos líderes a la hora de demandar mayor ambición climática a los Estados que tienen una mayor responsabilidad histórica. El papel de actores no estatales en la gobernanza medioambiental, como ONG, corporaciones multinacionales o incluso los representantes religiosos igualmente deberán ser analizados en futuras publicaciones para mejorar la comprensión sobre cómo abordar los desafíos medioambientales en el siglo XXI.

Para terminar, deseo hacer constar mi agradecimiento al profesor Robert Falkner y a la editorial Oxford University Press por los esfuerzos que han hecho por compartir este libro conmigo.

Xira Ruiz Campillo
Universidad Complutense de Madrid